



"La Nación", Buenos Aires (R.A.), 9 abril 1922

# EL MICROSCOPIO LUCIFERINO

(Para La Nación)  
SALAMANCA, 1922.

En esta vieja—no sólo antigua—Universidad de Salamanca—a cuyo frente vuelvo a encontrarme al cabo de siete años y medio, se halla entablado al presente un conflicto entre la Facultad de Medicina y el Hospital de la Santísima Trinidad, único que hay en la ciudad. El cual, alegando que es de beneficencia privada, escudada y restringe a la Facultad el uso de las clínicas para la enseñanza. Dicen los diputados del hospital, cíen- rícos en su mitad, que los enfermos no deben servir de conejillos de Indias para experimentos patológicos, con lo que revelan cuál es la idea que der de la enseñanza tienen, sin compren- "maternal" (como dicen los alemanes) pedagógico suele estar mejor aten- dido por ello mismo. El hospital éste, por su parte, es mitad asilo, donde se albergan enfermos crónicos—lo que en la jerga hospitalaria suele llamarse "calendrios"—que dan poco que ha- cer a las hermanas de la caridad— y que son las que mandan—y mitad convento. Mientras las pobres muje- res de vida ahurada están en casi ca- labozos, hay, además de la ca- pillita de uso interior—más que sufi- ciente—otra pública.

Dejando a un lado la cuestión de derecho, véase en este asunto un as- pecto tradicional de nuestra vida so- cial que merece comentar. Por de- bajo de eso de que los enfermos no deben servir de material pedagógico, hay en este hospital de índole eco- nómica, como ha habido siempre en la historia de esta Universidad, una marcada desconfianza y hasta repul- sión a la ciencia médica. Recuérdese los obstáculos que antano se ponían a las diseciones y anatomías. Los maestros de medicina y cirugía, so- llan ser justos y cuando no, herejes. Y la ciencia misma algo sospechosa. Eso de hurgar en las entrañas del cuerpo humano parece peligroso para la mejor ortodoxia. Estas gentes de educación teológica y casística no suelen creer mucho aunque aparenten otra cosa, en la

medicina. Atiéñense, como el pueblo, a lo de que nadie se muera hasta que Dios quiere, u opinan que el médico se mueve en un dilema: o mata al enfermo por miedo de que se le muera, o le deja morir por miedo a ma- tarle. Conoce un doctor en filosofía, exaltado ultramontano, que fundándose en la Biblia sostenía que era peligroso hacer que una mujer para- sític dolor, y desconhaba de los alca- loides diciendo que pues que Dios ha puesto en plantas y otros productos naturales remedios para nuestras en- fermedades, el andar alquitránandolos en preparaciones químicas era tentar al Supremo Curandero.

Para esas gentes, como para el pueblo, y para Tolstói, la principal función del médico es descargar de responsabilidad a la familia—que no se diga que no se ha hecho todo lo humanamente posible—y, sobre todo, dar el pronóstico para que se le pre- pare al enfermo a bien morir. Sus hospitales son hospitales de bien mo- dir, hospitales confesionales.

Y en cuanto a la ciencia... Tiene la Compañía de Jesús en Oña, un pueblo de la provincia de Burgos, un colegio donde sus novicios hacen los estudios de teología. Una vez logro meterse por sus galerías un amigo mío, médico, y en una de ellas vío un cuadro en que se representaba a San Miguel Arcángel tendido a sus pies al Demonio, y éste tenía en una mano, ¿qué se creen ustedes que tenía en ella?, pues... ¡un micros- copio! ¡El microscopio de Lutzbel o Luetfer! Aquí del "Himno a Sata- nías" de Carducci. Por donde se ve que para, los jesuitas españoles—y hay que tener esto fíjimo en cuenta, pues los jesuitas españoles suelen ser una excepción entre los de otras pro- cedencias nacionales—el microscopio es un instrumento diabólico, hazbe- llano o infernal.

Interferir, desde luego, pues que nos da luz y nos aclara e ilumina muchas cosas. Porque Lutzfer—cuya forma romancesca es Lutzbel—signi- fica el que trae la luz, el hecho. Y diabólico también. Porque diablo ("diabolos") no quiere decir ni más ni menos que fiscal o acusador, y el

microscopio acusa, vaya, si acusa. No está del todo desacertado, en efecto, en simbolizar en el microscopio Ja- labor de hipercrítica, de meanda in- quisición, esa labor terrible que apli- cada a tantas doctrinas jesuíticas las redujo a polvo microscópico. La exégesis, la implacable exégesis ra- cionalista se ha servido de verda- ros microscopios. El órgano de inves- tigation jesuítica es la simple vista, y con anteojeras. Esto cuando no le ponen a uno galas ahumadas. Re- cordemos aquello que se nos enseña- ba en el catecismo del P. Asclero: "eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la San- ta Madre Iglesia que os sabrán res- ponder". Lo que es la fórmula popu- lar de la fe implícita o fe del carbo- nuro: y si al carbonero se le ocurre tomar de mano de Lutzbel un micros- copio y mirar por él, ¡Santo Dios, lo que puede llegar a creer que ve! ¡No, no, San Miguel Arcángel nos proteja!

Y si a lo de mirar el organismo humano con microscopio y con rayos equis y otras invenciones así, dia- bólicas, se añade lo de explicar luego lo que se ve en lengua vulgar, ¡San Miguel nos valga! Porque es lo que decía el P. García Ocaña, S. S., dando un puñetazo en la mesa de la cá- tedra: "este argumento como tiene fuerza es en latín, ¡en latín!". ¡Ton- gan ustedes ciertos argumentos en lengua vulgar, en castellano corriente y molesto, y han perdido toda su eficacia. Y por eso, sin duda, han he- cho los jesuitas aquí, en España, que en las estancias de la línea férrea de la Compañía del Norte no se pue- da vender los Santos Evangelios en lengua vulgar. ¡Solo faltaba lo cual- quier carbonero comprara unos Evan- gelios así, con el argumento esto- pedido por no estar en latín, y les aplicara el microscopio de Lutzbel! No faltará lector malicioso que se suponga que estoy sacando de quicio la cuestión y que en la resistencia del Hospital de la Santísima Trini- dad, de esta ciudad de Salamanca, a prestar sus clínicas para la enseñan- za de la medicina y la cirugía, para nada entra el recelo al microscopio lutzbeliano y a la ciencia profana. Re-

ro al que tal suponga, vamos a darle un dato fehaciente. Y es que como en una reunión de los estudiantes lo- dos de esta Universidad a propósito del candente pleito de las clínicas, surgieran ciertas desavenencias entre los de medicina—que son los más— y los de derecho, uno de éstos, muy adicto a los jesuitas y de la Congre- gación de San Luis Gonzaga, propu- so a sus compañeros de Facultad que se separasen de la Asociación Gene- ral de Estudiantes para formar otra de estudiantes... católicos! La pro- puesta es de lo más significativo.

Esto último causará, sin duda, sor- presa a los bravos y beneméritos es- tudiantes argentinos, a ésos que son los que han iniciado la "verdadera" regeneración de la enseñanza univer- sitaria, a ésos que tan lucida repre- sentación nos han enviado última- mente y que va a celebrar en este año ese Congreso internacional de estudiantes. Y para ellos escrito es- tas líneas.

En España, país oficialmente cató- lico, en que la religión del Estado es la católica apostólica romana, en que no hay siquiera libertad de cul- tos, se trata de formar asociaciones de estudiantes católicos. A los que no quieren entrar en esas asociaciones, ¿cómo se les considerará? No hace mucho que un agustino, el P. Ibeas, con escudado de no pocos burgueses fariseos, decía que los sindicatos de obreros no deben ser ni católicos, ni no católicos, sino sindicatos de ope- rarios, y que para entrar y seguir la línea por las reivindicaciones econó- mico-sociales hay que prescindir de diferencias religiosas confesionales. ¿Y para estudiar? ¿O es que va a haber una ciencia ortodoxa católica, con sus argumentos—sintopizando que el argumentar sea cosa científica y no sofística—en latín y otra ciencia heterodoxa que se sirve del micros- copio lutzferino?

Y hay que tener en cuenta que en España sigue la lucha por la libertad de la cátedra, por la desamortización de la ciencia. Y hoy con más bravura, pues recientemente se ha desenta- denado la recepción contra la verda- dera libertad de enseñanza. A lo que he de volver.

Por MIGUEL DE UNAMUNO

